

EL DERECHO NEGATIVO DE LA TRASCENDENCIA. EN MEMORIA DE HERBERT MARCUSE

The Negative Right of Transcendence. In Memory of Herbert Marcuse

HERMANN SCHWEPPENHÄUSER*

Entre los filósofos críticos del siglo XX, ninguno se tomó más en serio que Marcuse la obligación del pensamiento con respecto a la razón real; ninguno hizo valer con mayor determinación el postulado de una producción y restitución de la humanidad del ser humano, llevándola más allá de su la mera historia natural y de la especie; ninguno se mostró más intransigente frente al “derecho –el derecho positivo, codificado y ejecutable de la sociedad existente” en nombre del “derecho negativo, no escrito [...] de la trascendencia”: el derecho del ser humano histórico a salir de las condiciones existentes de la humanidad, viciadas, culpables y explotadas, y a ingresar en una situación “menos viciada, menos culpable y menos explotada”. Ninguno ha contribuido como él, mediante su insistencia en el “derecho natural” a la emancipación, a la producción y realización efectiva de la razón, a la revolución, a poner al descubierto la ilegitimidad del derecho del poder social –del derecho “positivo”, que se legitima mediante el destino (y no por la autonomía de la razón), mediante la inmutabilidad de las cosas (y no por fuerzas cósmicas transformadoras), mediante coacciones superiores más allá de la razón (y no por la razón natural y orgánica, a la que uno no obedece, sino que la sigue), un derecho del poder mítico al que se le confirió toda potestad sancionadora. Ninguno ha conservado con mayor fidelidad y probidad el legado ilustrado de la razón de los siglos XVII y XVIII, el de la filosofía clásica alemana, el del cosmopolitismo y el universalismo kantianos y hegelianos; nadie lo ha urgido con mayor énfasis en el siglo XX que quien evocó, ante la conciencia cegada, los pasos fundacionales del progreso emancipatorio de la modernidad, que se había olvidado de sí mismo. Lo hizo con la apasionada intención de co-

* El filósofo Hermann Schweppenhäuser (1928-2015) perteneció al círculo íntimo de Adorno y Horkheimer. Profundizó en el desarrollo de la Teoría Crítica como filosofía dialéctica y la combinó con el estilo intelectual de Walter Benjamin, cuyas obras completas editó junto con Rolf Tiedemann. Este texto, publicado originalmente en griego, es la traducción de la versión original que apareció en la *Zeitschrift für kritische Theorie*, n° 40-41, 2015: 196-201.

regirlo desde sus cimientos, de hacerlo finalmente posible sin velos ni distorsiones. Así, desde la fuerza del recuerdo que actualiza, que es la única fuerza capaz de instituir una presencia esencial, remitió a la gran filosofía crítica, a la “legislación de la razón” históricamente expresada en ella, una legislación “que no depende de nada más”, y que –según Hegel– no puede recibir “de ninguna otra autoridad, ni en la tierra ni en el cielo, otro criterio para el juicio”. Así remitió también, con el mismo Hegel, a la Gran Revolución de 1789 como una manifestación única de la razón emancipatoria: “Mientras el sol estuvo en el firmamento y los planetas giraban a su alrededor”, trazando fatalmente su órbita en eterno retorno, “nunca se había visto que el ser humano se pusiera sobre su cabeza, esto es, sobre el pensamiento, y edificara la realidad conforme a él”. Finalmente, había llegado a reconocer que la razón debía gobernar la realidad social y espiritual –no la naturaleza ciega, no el destino que impera ciegamente, no el poder heterónomo de la dominación.

¿Cuál es, entonces, la posición característica de la sociedad respecto a la existencia, respecto al desarrollo de la humanidad o su obstaculización y limitación? A pesar de los pasos dados en dirección a la emancipación, y nuevamente olvidados, esta cuestión ha seguido siendo un asunto de “destino ineludible”. Y en la sociedad burguesa desarrollada eso es equiparable, por ejemplo, al “destino ineludible de numerosos embarazos sucesivos”. Así puede leerse en un informe biográfico tomado al azar, pero totalmente típico, de la época burguesa en torno a 1900. Los golpes del destino que suponen estos nacimientos son presentados, en el mismo aliento, como “vida regalada a muchos niños y niñas”, como la “bendición de los hijos” que se concede a las mujeres, a los hombres y a la familia. La –molesta– determinación natural de la humanidad como especie debe aparecer como algo sacralizado, para que lo no querido, lo socialmente no deseado –lo propiamente “racional”– pueda quedar oculto tras un cortinaje moral. Al igual que todo lo moral en la sociedad burguesa, también el intento religioso-moral de sacralizar la “especie” humana es ambiguo y profundamente mendaz. Esta mendacidad se delata en la mueca agridulce de un burgués que felicita a otro “por la bendición de los hijos”, por ejemplo, con ocasión del nacimiento del tercer hijo.

No siempre existió una actitud social de este tipo frente a la determinación natural de la especie. Los graves conflictos de la sociedad desarrollada con los pueblos y grupos que quedaron rezagados en etapas anteriores del desarrollo (también con aquellos que estaban en su propio seno) lo han puesto drásticamente de manifiesto. Para los hombres pobres del “mundo subdesarrollado” –tanto del vasto ámbito global

como del estrecho ámbito local—, los “numerosos embarazos” eran los frutos que crecían y maduraban en el árbol de la vida, la deseada, incluso implorada “bendición de los hijos”. Y cuantos más de esos valiosos frutos le brindaban las amadas compañeras, con tanta mayor certeza podían cerciorarse de la fuerza y la buena constitución de su existencia. Sus hijos eran su riqueza, su prestigio, su seguridad vital; eran los amables acompañantes de un envejecimiento digno. Para esta vida genérica natural, el encarcamiento y la miseria que supusieron la colonización y la expansión económica, la lucha por el poder industrial tanto a nivel global como regional, así como la explotación —ya fuera brutal o refinada— de los recursos y la fuerza de trabajo: todo eso la depotenció y la redujo hasta lo inhumano. Las formas de vida “progresistas” que los colonizadores impusieron desde fuera habían de sustituir a las formas de vida bárbaras, como ya habían sustituido a las formas de vida reducidas, deshumanizadas y atrasadas en el interior. La vida genérica natural había de ser racionalizada: conforme a los principios de transformación de la sustancia humana en funcionalidad social, de reconversión del ser humano en un sujeto civilizado, útil en todos los aspectos y fácilmente dirigible. ¿“Bendición de los hijos”? A lo sumo en función de la utilidad que produzcan los frutos de la vida genérica. En cuanto esta traspasa el umbral de los costes y altera la vida social progresista, fría y calculada, aparece como maldición: se convierte en anatema.

“No os libraréis de la miseria, del hambre, de la muerte por inanición en las áreas colonizadas —tanto internas como externas—”, espetan los desarrollados e ilustrados a los rezagados, “hasta que pongáis en práctica controles de natalidad, el dominio y el disciplinamiento de la vida genérica. Debéis salir de la barbarie, y nosotros os ayudaremos”. Pero esto significa la humillación de la vida genérica y conduce a su aniquilación. “En lugar de mantener alejados del mundo a millones” mediante la esclavización, mediante la desnaturalización de la fuerza del género humano convertida en mercancía y en objeto de explotación, mediante el aborto biológico y social, “habría que permitirles instalarse”; habría que reconvertir la maquinaria social, que ellos deben mantener en funcionamiento vivos o muertos, tanto si han nacido como si no, de modo que no sean millones quienes sirvan a la maquinaria, sino que esta sirva a millones. Eso decía Horkheimer, amigo filosófico de Marcuse, y esto decía él mismo: “Todas las fuerzas materiales e intelectuales que podrían emplearse para hacer realidad una sociedad libre están ahí”, y han alcanzado un desarrollo sin precedentes. Pero en lugar de utilizar esa inmensa riqueza y el poder que contiene para transformar las cosas (así replican a quienes se benefician del progreso los rezagados, los da-

ñados por él, aquellos en nombre de cuya felicidad y existencia íntegra se dice que acontece el progreso), para hacer frente a la miseria existente y a toda miseria futura, a las vulneraciones del modo de vida genérico humano que aún se producen y a la destrucción de su base natural; en lugar de organizar la tierra de tal modo que todos los que viven en ella puedan existir de un modo digno de los seres humanos (y para ello existen medios más que suficientes) –todos los hijos e hijas de los seres humanos, y no solo los deseados, los criados, adiestrados y seleccionados para sobrevivir en el mundo contradictorio existente–, ¿qué es lo que hacéis en su lugar?

En lugar de sanar al menos parte de los crímenes, de reparar la culpa a la que debéis toda vuestra riqueza, el poder acumulado, el progreso; en lugar de restituir a los expoliados algo de lo habéis arrancado a la humanidad y a la naturaleza mediante su explotación (no por la vía de la gracia, sino en el simple cumplimiento del intercambio justo); en lugar de acudir con todos vuestros recursos –a los que solo parece faltarles la voluntad de la humanidad y de su bienestar– en ayuda de nuestra miseria, pero también de vuestros propios miserables, de aquellos a quienes habéis dejado sin pan, sin trabajo, sin esencia; en lugar de entrar con nosotros en una asociación de seres humanos libres autodeterminados y responsables para caminar juntos hacia el bien común –en lugar de todo eso, ¿qué es lo que hacéis?

En el mejor de los casos, seguíis engañándonos acerca del progreso de la humanidad que decís querer traernos: mediante la “ayuda al desarrollo” (tras la cual se oculta el viejo imperialismo, que hoy se llama globalismo), mediante la política de “compensar las desigualdades” y *good will*, bajo cuyo velo practicáis una desnaturalización y una deshumanización cada vez más refinada, al tiempo que garantizáis vuestra dominación sobre nosotros y la rentabilidad de vuestros capitales –industriales y financieros, científicos y técnicos, nacionales y culturales–. Así que no os sorprendáis si, en un cierto momento, dejamos de participar, si interrumpimos la comunicación con vosotros, si, “por asco” hacia vuestra sociedad de la abundancia y el despilfarro –una sociedad que periódicamente produce ruina, hambruna, descomposición y guerra para poder seguir siendo lo que es–, la rechazamos. Ahora que por fin lo hemos comprendido, ahora que sabemos “cuántas víctimas, cuánta crueldad y cuánta estupidez requiere cada día la reproducción de ese vuestro sistema”, es decir, la obstaculización sistemática de que este pueda producir y garantizar el restablecimiento de la vida genérica natural dañada (fundamento de toda vida racional y espiritual).

Pero ese rechazo es ya una primera expresión de la revolución, de la convulsión de este sistema –precisamente allí donde las contrafuerzas movilizadas en su interior

(la corrupción moral y jurídica, las compensaciones hedonistas calculadas, la manipulación y la confusión semánticas, la distracción y el embrutecimiento de las poblaciones) lo protegen todavía frente a toda transformación efectiva. Es, al mismo tiempo, la primera expresión real y el testimonio de la idea de la revolución: de que esta no puede abandonarse sin entregar la humanidad del ser humano. Ambas cosas –expresión cada vez más impotente e idea irreductible– indicaban en Marcuse el carácter apremiante, la urgencia inaplazable de la revolución. Esta era la máxima agudización crítica, lo más lacerante y, a la vez, lo más prometedor de los antagonismos globales de la modernidad desarrollada. La situación dada lo dice por sí misma, y de lo que se trata es de escuchar ahí la exhortación a su transformación. Lo que se lee aquí es el lenguaje de la “negatividad consumada” que, en escritura especular, implica su redención. Esa era la idea de la revolución a la luz de la teoría adorniana. Y si Benjamin la planteaba en la ruptura mesiánica con la historia, Marcuse la veía en el postulado, en el modo en que los propios estados de cosas apelan a transformarlos, dirigiéndose a quienes no quieren ponerse del lado de los “conspiradores contra la humanidad”.

Traducción del alemán: Jordi Maiso